

MIS RECUERDOS SOBRE SWAMI TILAK

(1984)

Por Adela Díez (F. 1994)

OM

Cuando llegué a Granada, después de mi viaje por la India, los anfitriones de Swami Tilak en esa ciudad me informaron que estaba de gira por las Islas Canarias. Esto me desalentó, porque el objeto de mi viaje había sido encontrarme con él, ya que en el ashrama de la India me había indicado que quería hablar conmigo en España, pues debido a sus numerosas ocupaciones no habíamos podido charlar en privado. No obstante, recordé que me había prometido ir a México después de su visita a Nueva York, y ya me disponía a partir al día siguiente, cuando llamó pidiendo que lo esperara hasta su regreso. Así lo hice, y a su llegada tuve la oportunidad de asistir a un convivio en el que la mesa fue presidida por él. Esta fue para mí la *Última Cena* con mi Maestro. Por la tarde Guru Deva dio una clase privada a unos devotos y después hubo una sesión de preguntas y respuestas, en la que le comenté que esta vez me había ido muy bien en la India, que la había conocido casi toda y no había tenido ningún problema, y también le dije: “Este ha sido el último viaje de mi vida”, a lo cual él contestó: “Madre, no diga eso, usted va a volver otra vez a la India. Además, le digo que ahora usted puede empezar a escribir mi biografía”. Yo me quedé sorprendida, pues él siempre me había instado a que escribiera la historia de mi vida porque le parecía muy interesante, y me lo dijo varias veces, pero nunca me decidí, porque ¿qué podría escribir acerca de mí que no estuviera relacionado con él? Así que le contesté; “Swami ji, no tengo dotes de escritora, pero con su inspiración creo que podré hacerlo”. Me parece que tengo razón en esto de la inspiración, pues en la India, en dos ocasiones Swami ji me hizo hablar en público: el día de Gurú Purnima de 1977 en el *kuti*¹, cuando todavía vivía Babaji, y en mi último viaje, en la casa de una familia muy importante en una villa cercana a Harda, durante una gira que hizo para saludar a los devotos y amigos de Babaji² y de él, a la que me invitó. Esa tarde, en el salón principal de la casa, hubo una convivencia a la que asistieron todos los principales del pueblo, además de los niños de primaria y secundaria, a quienes llevaron sus maestros para que saludaran a Swami ji. Al final, se acercó y me dijo: “Madre, los señores de la casa desean que usted tome la palabra”. Ya imaginarán lo sorprendida que quedé. Le contesté: “Pero Swami, nadie me va a entender”. “No importa, madre –respondió–, yo voy a traducir”. Así que me acerqué al micrófono y con la seguridad de quien se sabe respaldado por la inspiración de Swami Tilak, hablé casi por media hora sin que él me interrumpiera para traducir, empezando por saludar a los niños, que me veían con ojos de admiración y no perdían palabra. Y cuando mencioné el nombre de *Sandokan*, el héroe de Salgari, todos al unísono lo repitieron y quizá eso les dio la pauta para imaginar lo que yo

¹ Literalmente, choza o cabaña. Bajarangadas, maestro de Swami Tilak y fundador del ashrama, siempre vivió en una choza de adobe, desde que llegó a Chichot Khera, hasta sus últimos días, cuando sus discípulos empezaron a construir un edificio de cemento que él nunca habitó. Cuando los discípulos de Swami Tilak hablan del *kuti* se refieren al ashrama. N.E.

² Baba Bajarangadas, maestro de Swami Tilak. N.E.

estaba hablando. Al finalizar, todos me aplaudieron como si hubieran comprendido lo que había dicho, y después, cuando Swami ji les tradujo al hindi, hubo más aplausos. Brahmachari Nitya Chaitanya estaba emocionadísimo, porque él comprende el español, y cuando le pregunté si había hablado bien, me dijo: “Estuvo usted excelente y lo que dijo fue muy consistente”. Yo casi no recuerdo lo que hablé, y eso me hace suponer que Swami ji me inspiraba y sabía que no le fallaría.

Ahora que mi Guru Deva ha partido, trataré de escribir acerca del tiempo que tuve de conocerle y convivir con él. Fue en el año de 1971, en el mes de septiembre, el día 13 para ser más precisa, cuando acudí a una conferencia en la sede de la Gran Fraternidad Universal en México, D.F. Al estar estacionando mi choche cerca de allí, vi bajar de otro automóvil a unas personas con trajes un poco estrafalarios, entre ellas la que daría la conferencia en la G.F.U. Más tarde supe que esta persona era Swami Tilak, quien me llamó mucho la atención por su manera peculiar de vestir. Su figura me recordó a un hombre que yo había visto dos años antes en la India. Esto sucedió en el Hotel Ashoka, uno de los más grandes y lujosos de los que pertenecen al gobierno de la India, en cuyo sótano están las instalaciones del European Health Institute. Y fue en este lugar en donde vi a esa persona tan parecida al conferencista de la G.F.U. En un momento en que me distraje, lo perdí de vista y no volví a verlo por más que lo busqué, y siempre lo recuerdo porque me impresionó mucho. Era bajito y usaba únicamente un *dhoti*³, iba descalzo y su figura humilde se veía fuera de lugar allí. Así que, en la G.F.U., entré detrás del conferencista que me recordaba a aquel hombre. En el salón de conferencias ya se encontraba su compañero, Swami Jyothy, entonando *kirtan*⁴ para preparar el ambiente. La conferencia fue en inglés y una de las madres que llegó con ellos tradujo en no muy buen español, puesto que pertenecía al grupo de americanos de ascendencia mexicana que venía con Swami ji. La sala estaba plétórica porque habían anunciado que el conferencista era hindú, y yo quedé fascinada de escucharle, pues a pesar de la mala traducción y de que yo no hablo bien el inglés, comprendí su mensaje, y creo que todo el público también. Después no supe qué pasó, pues lo último que oí acerca de él fue que si habría alguien que pudiera ayudar... pero no acabé de escuchar y me fui a casa sin preocuparme. Al tercer día, viernes, volví a la Gran Fraternidad, quizá porque iba a dar una conferencia el hermano Marcheli de la misma Fraternidad, ahora Satarhat. Al llegar a la puerta, salieron a mi encuentro dos hermanos, uno de ellos Ricardo, para pedirme que por favor recibiera en mi casa a los swamis, pues no tenían dónde dormir, y que ellos no podían hacerse cargo por no tener en sus casas dónde acomodarlos, ni recursos para su manutención, y que las bendiciones de Dios por hacer esta buena obra me acompañarían siempre. Yo les dije que si únicamente eran ellos dos, con mucho gusto, ya que el grupo con el que los vi llegar estaba formado por unas seis personas. Me dijeron que los que venían con ellos ya los habían abandonado. Entonces entré a buscarlos y al encontrar a Swami Tilak platicando con unas madres, irreverentemente le toqué el brazo para que volteara y le dije: “Swami, ya vámonos”, y me contestó: “Un momento, Madre”. Mientras tanto, fui al salón de conferencias y vi a Swami Jyothy sentado, y también le dije: “Vámonos Swami”. Inmediatamente se levantó y los tres salimos a donde estaba mi coche estacionado. Ya en el camino, Swami me preguntó: “¿Por cuánto tiempo nos va a permitir estar en su casa, Madre?” Contesté: “Por unos siete o diez días, mientras

³ Lienzo que se enrolla alrededor de la cintura. N.E.

⁴ Cantos devocionales basados en la repetición de mantras. N.E.

arreglan sus visados para Centroamérica”, pues es lo que me había dicho el hermano Ricardo que estarían en México. “Está bien, Madre”, me respondió. Cuando íbamos en el coche les advertí que uno de ellos podría dormir en una cama individual en el dormitorio de huéspedes, y el otro en un sofá de la sala. Les proporcioné sábanas y cobertores, les enseñé el baño, y después, en la cocina, que es también mi comedor, les serví un vaso de leche caliente, fruta y unas tortas de maíz que había comprado en el comedor de la GFU y aún estaban calientitas. Antes de cenar tomaron un baño, y creo que se sintieron muy cómodos y felices.

En México se acostumbra que, al invitar a una persona a hospedarse en la casa de uno, por cortesía y para hacer que se sienta cómoda, se le dice: “Esta es su casa” o “Tome posesión de su casa, puede disponer de todo lo que hay en ella”. Debo informar que yo vivo sola en mi departamento, pues como la casa es dúplex, mi hija y su familia habitan en el piso de arriba y yo abajo, y sin ser una casa lujosa, es muy confortable y alegre, y tengo un jardín con mesa y sillas de campo, y toda la gente que la visita dice que se siente muy a gusto. Por eso creo que los swamis se sintieron como en su casa y yo como una madre que recibe a sus hijos. Como yo le había puesto a mi hija un recado sobre su cama la noche anterior, pues ella no estaba cuando llegué con los swamis, en el que le decía que no se extrañara de ver a unas personas muy peculiares, puesto que eran monjes de la India y que me parecía que eran gente muy importante y espiritual, ella bajó al día siguiente y se los presenté y sentí que ellos formaban ya parte de mi familia.

Ahora me referiré a una época de mi vida en la que, sin saber nada de espiritualidad, yo anhelaba conocer a algún maestro o guía espiritual que supiera encauzar mi vida, pues después de la muerte de mi esposo me sentía al garete, y afortunadamente me inscribí en la sociedad de yoga Gran Fraternidad Universal (G.F.U.). Allí practicaba las *asanas*⁵ para el cuerpo físico, pero mi alma seguía huérfana, y ese fue el motivo de que decidiera hacer un viaje alrededor del mundo para pasar por la India, porque sentía que allí iba a encontrar a mi maestro. Siempre me fijaba en los hombres santos que vestían mantos amarillos, pero nunca me pude acercar a ninguno porque nos llevaban en grupo a los sitios de interés y no nos dejaban separarnos. Cuando pasamos por el lugar en donde incineraron el cuerpo de Gandhi⁶ y pedí permiso de bajar, pues no estaba programada la visita a ese lugar, rápidamente corrí hasta el memorial, que siempre está cubierto de flores y veladoras y me postré casi llorando y le pedí al Mahatma que me guiara a un maestro. Pero no fue allí en la India, sino en México, en donde lo habría de encontrar.

Como antes dije, en 1971 sucedió el milagro. Desde el momento de encontrar a Swami Tilak sentí que era él a quien yo esperaba y sin saber por qué, le sentí como a un hijo y le serví como tal. Y cuando me contó que habían estado tres o cuatro días sin comida y durmiendo en la calle, me dieron ganas de llorar, pues ellos se acercaron a los swamis establecidos en México ofreciéndoles dar conferencias en sus instituciones a cambio del acomodo que les pudieran ofrecer, y así estuvieron en el Centro de Yoga Universal de Swami Pranavananda, y en la G.F.U. del Maestro Estrada, y en todos les negaron ayuda. Eso me desilusionó mucho de esas organizaciones que dizque practican la espiritualidad y confraternidad universales.

⁵ Posturas de yoga. N.E.

⁶ El Raj Ghat en Nueva Delhi. N.E.

Ya instalados los swamis en mi casa empezaron las llamadas telefónicas de personas que deseaban saludarles, conocerles y pedirles consejos para sus problemas. También llegaban para ofrecerles locales para que dieran sus conferencias y muy pronto ya estaban programados para la radio y la televisión, así que se dieron a conocer en todo México. En un principio, tanto a mi hija como a mí nos incomodaba que llegaran a la casa personas desconocidas, algunas con síntomas de drogadicción y una que otra un poco mal de la cabeza; por ejemplo, a deshoras de la noche llamaban a Swami para proponerle arreglar su viaje a Japón⁷. Otros llegaban por mera curiosidad. Pasé muchas angustias, no por mí, sino por mi familia, y una vez que le dije a Swami que no me gustaba que fuera tanta gente, me dijo: “Madre, usted me ofreció su casa como mía, entonces tengo derecho de recibir a todo el que quiera verme, y a estos hermanos perturbados más que a nadie, porque ellos me necesitan”. Esto me hizo recapacitar y darle la razón, porque ¿para qué hipócritamente uno ofrece su casa y dice: “disponga de ella como guste”? Así que me aguanté y creo que nadie podrá reprocharme que no fue bien recibido en mi casa. Ahora tengo muchos amigos que me estiman y me admiran porque me eché a cuestras tanto trabajo, además de que tenía que llevar a los swamis en mi coche a todos los sitios. Con respecto a su manutención, les diré que mientras ellos estaban en mi casa llovía la comida del cielo, porque nadie llegaba con las manos vacías y eran canastos de frutas, verduras y cereales, así como arreglos florales que ya no tenía sitio en donde colocar, y tenía que mandar a casa de mi hija, para que no se echaran a perder. Además todos querían donar dinero, lo cual Swami Tilak no permitía, hasta que un buen día le dije: “Swami, ustedes tienen que viajar en tren, autobús o avión, pero no van a ir caminando, así que permitan que la gente les de lo que deseen, ya que para ellos es un honor que ustedes lo reciban”. Hubo personas que pagaron íntegro el alquiler de las salas de conciertos donde Swami Tilak dio algunas conferencias. No porque sea mi patria y mi gente, pero ¡qué valores humanos tan maravillosos existen en ella!

Cuando ya se iban a terminar los diez días de hospedaje que yo les había ofrecido, Swami Tilak me dijo: “Madre, ya se va a cumplir el plazo que no dio”, y yo le contesté: “Pues si ustedes están a gusto aquí, a mí no me estorban, pueden seguir el tiempo que quieran”. Yo me sentía a gusto con ellos, pero aún no me daba cuenta del grado de su santidad, y como no tenía por entonces sirvienta, yo permitía que me ayudaran con los quehaceres de la casa; hacían la comida y cuando Swami me veía limpiando la casa, me quitaba la aspiradora de las manos para pasarla él; barrían el jardín, lo regaban, y hasta me abrían la cochera cuando tocaba el claxon para meter el coche. En fin, se granjeaban tanto conmigo, que ahora me cubro la cara de vergüenza de pensar que mi Gurú Deva me ayudaba en los quehaceres domésticos. Cuando tenía que ir al mercado, Swami Tilak se ofrecía a ayudarme con las bolsas y yo *conchudamente* –como decimos en México– le llevaba conmigo para hacer las compras. Todo esto lo consigno en estos apuntes para que se percaten los que los lean de lo humilde que era ese gran santo llamado Swami Tilak ji Maharaja.

Pero ¡cuántas veces me puso en mi lugar, bajándome los humos por sentirme poderosa!, porque yo tenía mi orgullo y era arrogante y fatua en algunas ocasiones. Una vez me dijo: “Madre, si no

⁷ La vuelta al mundo de Swami Tilak empezó en 1968 con la intención de asistir a la ceremonia por el Holocausto de Hiroshima, a la que lo invitaron unos devotos japoneses, pero debido a que el gobierno no le concedió la visa, empezó el recorrido por Indonesia y, aunque nunca llegó a Japón, siempre tuvo el deseo de hacerlo. N.E.

tuviera usted coche y dinero ¿cómo sería usted?”. Me quedé fría y no supe qué contestar. En otra ocasión en la que me vio muy enojada con la sirvienta que entonces tenía, me dijo: “Madre, cuando se enoje, véase la cara en el espejo”. Un día así lo hice y ¡qué horror! ¡Tenía el rostro de demonio! No obstante todos mis defectos, él me consideraba como a una madre, independientemente del hecho de que a todas las mujeres las nombraba *madre*. Yo también lo sentía como a un hijo que hubiera deseado y que llegó a mi vida cuando más lo necesitaba.

Muy al principio de su estancia en México, me pidieron que los llevara a la Biblioteca Benjamín Franklin, que depende de la Embajada de los Estados Unidos, porque querían conocer la historia de México en inglés, pero yo no tenía tiempo, porque por las mañanas tomaba un curso de inglés en el Instituto México-Americano de Relaciones Culturales. Así que se iba pasando el tiempo, y un día que me volvieron a insistir, les dije que ese día les llevaría, pero tendrían que esperarme en el instituto hasta que terminara mi clase de inglés. Así que les llevé conmigo y le pedí a la bibliotecaria del Instituto que les permitiera esperarme allí. Subí a mi clase, pero no pude concentrarme, porque todo el tiempo estuve pensando en llevarles a la Dirección para solicitarles una beca, ya que en esos días empezaba el curso intensivo de español para extranjeros, con duración de cuatro meses, así que cuando bajé les propuse mi idea y ellos la aceptaron. Entonces subimos a la Dirección del Instituto y expuse mi petición a la secretaria del director, quien inmediatamente habló con él y nos hizo pasar a su privado. Yo tomé la palabra y los presenté, solicitando la beca con el argumento de que iban a viajar a Centro y Sudamérica y no sabían español. Y ellos hablaron con él en inglés y el resultado es que inmediatamente llamó a su secretaria y le ordenó que les extendiera las becas. Al día siguiente se presentaron a sus clases, y como yo antes le había comprado el primer libro del curso intensivo de español a Swami Tilak y él lo había aprendido en menos de trece días, en los que le di clases diarias, le hicieron un examen y lo pusieron en segundo grado, y a Swami Jyothy en primero. Después supe que el Director del Instituto ni a sus mismos conciudadanos les otorgaba becas.

Yo temía que sus discípulos u otras personas pudieran cometer alguna falta de respeto por su manera de vestir –Swami Tilak descalzo, con un *dhoti* color naranja y un simple chal para cubrir su torso, y Swami Jyothy con sandalias y *dhoti* blanco–, pero no fue así. Tenían tanta personalidad, especialmente mi Guru Deva, que toda la gente sentía admiración y respeto por ellos. Un día pasé a recogerles porque tenía que llevar a Swami Jyothy al doctor, y estacioné el coche enfrente del instituto, y pude darme cuenta de que los estudiantes que empezaban a salir formaban valla para verlos y los saludaban con mucha reverencia.

El tiempo iba pasando y tuvieron que hacer una nueva solicitud de prórroga para continuar en el país y así pudieron terminar su curso de español en el instituto. Swami Tilak terminó el curso en tres meses, ya que, como dije, el primer libro lo había estudiado en casa. Fue allí donde se encontraron con el embajador de la India, que también estudiaba el curso intensivo de español, y Swami ji me contó que les dijo: “Ustedes, mendigos, ¿qué andan haciendo por aquí, poniendo en ridículo a la India?” Muy mal le debió haber sabido que Swami ji estuviera un curso más adelantado que él y que todos lo respetaran y lo quisieran.

Esa primera vez viajaron por toda Centro y Sudamérica⁸, y fue hasta los dos años que regresaron a México y permanecieron cuatro meses en mi casa⁹. En ese tiempo ya hablaban un buen español, así que los llevamos a la radio y la televisión y se dieron a conocer más. En una conferencia que dio Swami en un teatro del Seguro Social se llevó la sorpresa de que todos sus maestros de español del instituto estuvieron presentes y lo felicitaron muchísimo, y uno de ellos le dijo que había ido para oírle hablar en español¹⁰. En esa ocasión Swami se lució, pues había estado mucho tiempo en Bogotá, Colombia, donde se habla muy buen español. No así cuando Swami Tilak regresó al año siguiente de Brasil, donde había aprendido portugués, ¡y se hacía cada lío al hablar, mezclando palabras en ambos idiomas!

Cuando los swamis estuvieron en Bogotá hice un viaje a esa ciudad para reunirme con ellos y conocer ese hermoso país. Únicamente permanecí allí quince días en casa del matrimonio Lizarazo, donde los swamis se hospedaban, y aproveché el viaje para conocer otros países, terminando en Buenos Aires, de donde regresé a México. Los swamis se quedaron por allá, dando muchas conferencias, y cuando llegaron a Sao Paulo, Brasil, me escribieron, y volví a reunirme con ellos al año siguiente. En esa ocasión me dio acomodo la familia hindú con la que se hospedaban y pude asistir a todas las reuniones y conferencias que dio Swami Tilak, tanto en la radio, como en centros culturales. ¡Qué maravilloso país es Brasil! Hice un viaje a Río y conocí todos los lugares turísticos y su gente. Es un país en donde no hay discriminación de razas. A los quince días de mi estancia, los swamis tenían que partir para Asunción de Paraguay para renovar sus visas, y los acompañé hasta allí, pasando primero a visitar las cataratas de Iguazú, del lado brasileño y argentino. ¡Qué maravilloso viaje por carretera! Especialmente maravilloso por tener por compañía a Swami Tilak y Swami Jyothy.

En Asunción mi estancia fue muy corta y de ahí regresé a México. Swami Tilak volvió a Brasil, pues tenía muchas invitaciones para dar conferencias, y en Curitiba conoció al matrimonio Quivo, a quienes tuve el gusto de conocer y pasear con ellos posteriormente en México. Mi viaje de regreso a México lo hice en dos etapas. El avión sobrevoló el Lago Titicaca, en Bolivia, y lo hizo tan bajo, que pude contemplar la Puerta del Sol y otros monumentos arqueológicos. Al llegar al aeropuerto de La Paz, que está a cuatro mil metros de altura, sentí tanta fatiga, que casi me desmayé por el cambio brusco de altitud. En la segunda etapa de mi viaje, paré en Caracas, Venezuela, la cuna de la Gran Fraternidad Universal de Serge Reynaud de La Ferriere. Tenía verdadero interés en conocer al Maestro Mejías, pero además del hecho de que me costó mucho trabajo dar con la Casa Sede, no me permitieron saludar al maestro porque yo llevaba pantalón y era obligatorio para las mujeres usar falda. Esto me desanimó, y me marché de allí, no sin antes observar que en

⁸ Excepto Venezuela y Uruguay, cuyos gobiernos les negaron las visas. N.E.

⁹ En realidad, tres años, pues regresaron en 1975. N.E.

¹⁰ En el Teatro Tepeyac. La conferencia es La no-violencia y fue dictada el 8 de febrero de 1975. Al concluir Swami Tilak dijo: "Yo puedo decir que sin la ayuda de los amables habitantes de la Ciudad de México no hubiéramos podido hacer lo que hicimos en esta parte del mundo. Ustedes saben que hace tres años, cuando llegamos aquí, no sabíamos hablar castellano y nuestras conferencias tenían que ser traducidas; a veces había traductor y a veces no; a veces la traducción era muy buena y otras veces no. Como quiera que sea, ahora puedo expresar mis ideas y por eso agradezco a todos, especialmente a los profesores que me enseñaron castellano, que estuvieron presentes en esta conferencia". El texto de la conferencia citada está disponible en la sección de Conferencias de este sitio web. N.E.

el pizarrón estaba la foto de Swami Tilak y Swami Jyothy, anunciando su próxima visita. Desafortunadamente no pudieron conseguir la visa, y no fue sino hasta varios años después cuando unos devotos hicieron todos los trámites para que Swami Tilak pudiera viajar a ese país, cuando Swami Jyothy ya había regresado a Sri Lanka.

La tercera vez que Swami Tilak visitó México fue en 1976; llegó en autobús desde Nueva York y estuvo tres meses. Llegó solo, ya que Swami Jyothy se había marchado a su país después de padecer una grave pulmonía en esa ciudad. Swami ji me contó que mientras Swami Jyothy permanecía en el hospital, todavía en estado de gravedad, llegó un telegrama de su hermano para informarle que su padre estaba muy grave, y no obstante estar él en las mismas condiciones, se empeñó en hacer el viaje a Sri Lanka para ver a su señor padre. Desde luego que sus médicos se lo impidieron y Swami Tilak lo convenció de que no lo hiciera, porque le traería fatales consecuencias y eso no iba a favorecer en nada a su padre. Al final desistió y más tarde, cuando se repuso, pudo viajar a su país.

En esa tercera visita a México, acompañaba a Swami Tilak un joven devoto de Nueva York. Swami venía muy desmejorado de salud, por el largo viaje en autobús, pues tardaron siete días en llegar. Al día siguiente llamé al médico, que mandó que le hicieran análisis, pues parecía tener tifoidea, pero los análisis salieron negativos. Entonces dijo que podría ser un ataque de malaria, pues ya antes la había padecido. Entretanto, Swami estuvo ingiriendo diversos medicamentos, hasta que llegó un momento que dijo: “Mañana yo estaré bien y no voy a tomar más medicinas”. Y así fue. Todavía con fiebre se presentó a dar una conferencia en la Y.M.C.A.

Ya recuperado, marchó a Canadá y después a Nueva York, desde donde me escribió anunciándome que regresaría a la India, pero antes visitaría algunas ciudades europeas, entre ellas Londres. Yo me animé a reunirme con él en esa ciudad para viajar juntos a la India. En Londres Swami ji se hospedaba con una familia hindú y yo en un ashrama, pero todos los días nos reuníamos en Charing Cross, la estación principal del metro, y me llevaba a las conferencias que organizaban las sociedades hindúes. Allí en Londres fue donde le sugería que visitara España, aunque en México también lo había hecho sin que él tomara en cuenta mi consejo. Quizá esta vez se animó porque yo iba a ir para allá, y además porque argumenté que, puesto que había aprendido español, podía aprovechar la situación de España, que estaba en un momento de transición por el cambio de gobierno y ahora gozaba de libertad de expresión, por lo que él podría difundir su mensaje sin limitaciones. Me tomó la palabra y me dijo que me adelantara mientras él visitaba Gales e Irlanda del Norte. Le di las señas a donde podría llamarme en Madrid y un día me dieron el recado de que me estaba esperando en la estación de Chamartín. Tomé un taxi y fui a por él. Desde que llegué a Madrid yo había estado llamando a distintos estudios de yoga para ver si podrían hospedarle y permitirle dar conferencias, pero no tuve éxito, así que fui al Centro de Yoga Sivananda y hablé personalmente con Swami Sivayotir, exponiéndole el problema. Yo veía que él sonreía, y al finalizar de hablar, me dijo: “Venga madre, le voy a enseñar la habitación que tengo preparada para Swami Tilak. Ayer una persona me llamó desde Suiza para pedirme lo mismo que usted y ya le tengo preparado mi propio dormitorio”. ¡Qué sorpresa la mía!

Por la tarde Swami Sivayotir le tenía anunciada una conferencia en el Centro de Yoga, y al día siguiente, por la mañana, en la radio, y por la tarde en el mismo Centro. El local se llenó al máximo y muchos se quedaron fuera. El mismo Swami Sivayotir llamó a un discípulo suyo de Granada, informándole que Swami ji viajaría para allá y que le esperara en la estación. En Madrid, unos devotos lo llevaron a la estación del Sur y ya no supe más de él hasta su regreso. Al volver de Granada, hicimos un viaje a Lisboa para buscar a una madre que podría informarle de la posibilidad de dar conferencias en el Marruecos español, pero desafortunadamente no la encontramos, sin embargo, tuvimos la oportunidad de conocer Lisboa y otras poblaciones importantes. Regresamos a Madrid y de allí fuimos a Barcelona, donde Manolita Caparrós nos esperaba. En esa ocasión Swami ji no tuvo oportunidad de dar más que una conferencia a un grupo hindú, así que después de visitar la ciudad e ir a Monserrat nos fuimos a la estación para tomar el tren a Lausanne.

En Lausanne esperaba a Swami ji la señora Pierrette, de Brasil, que al saber que él andaba por Europa hizo el viaje para saludarle y para visitar a su señora madre, quien había quedado viuda hacía dos meses. Nos hospedamos en su casa. Al día siguiente viajamos a Londres y esa misma tarde Swami ji dio una charla a un grupo de hindúes. Su agenda estaba tan saturada que muchas veces daba dos conferencias al día. Ya muy tarde por la noche tomaba el tren suburbano que lo llevaba a una villa donde se hospedaba con una familia hindú, a una hora de distancia. Yo me iba al ashrama en donde me dieron acomodo por unos días.

Volví a Londres con Swami ji porque ya habíamos acordado que de allí volaríamos a la India. Pero como él quería visitar Austria, la Unión Soviética y otros países comunistas, me invitó a acompañarle. No obstante, yo me negué porque me sentía muy cansada y ya era principios de octubre, cuando comienza el otoño en aquellos países. Entonces me propuso que me adelantara a la India y que él me alcanzaría más tarde. A principio acepté viajar sola a la India, pero cuando fui a comprar el billete, me arrepentí, y como costaba lo mismo el viaje de vuelta a México, opté por regresar. Esto molestó mucho a Swami ji, me dijo que siempre cambiaba de opinión; pero yo le contesté: “Ya veré, Swami ji, que yo viajaré para allá el año entrante y así será mejor”. Y así fue en verdad.

Debo decir que para mí viajar con Swami ji era como viajar con un hijo y servirle era una satisfacción muy grande. Todos me preguntaban qué se sentía convivir con un santo como él y yo les contestaba que una paz infinita y que junto a él olvidaba todos mis problemas. Y cuántas veces me propusieron que les *prestara* a los swamis para tenerlos por unos días en sus casas, y una vez delante de los swamis les dije: “Pues si ellos lo desean que decidan”, y nunca aceptaron pues también ellos sentían paz en mi casa. Y muchas veces Swami Tilak les dijo, para que no siguieran insistiendo: “Cuántas veces yo pase por México, siempre iré a casa de la Madre Adelita, porque ella es mi madre”. Yo misma aún no puedo comprender por qué Swami Tilak les decía a todos que yo era su madre. Quizá él, que lo sabía y lo veía todo, o su Maestro, percibieron que en alguna vida pasada en verdad lo fui. Y yo lo sentía como un hijo. Por eso, dondequiera que hay devotos de Swami ji, me conocen por referencias de él y me tratan con tanta deferencia y cariño que no se cómo corresponder, más que también con amor para todos. Swami ji llegó a mi vida y desde

entonces, gracias a su ejemplo, humildad, amor y comprensión al prójimo, empecé a vislumbrar un rayito de luz que al final iluminó mi camino y me dio seguridad en mí misma. Él nos enseñó el camino para solucionar nuestros problemas por nosotros mismos. Él no vino a solucionar nuestros problemas ni a tomar el karma de los demás. Así lo dijo en varias ocasiones.

Al regresar a México de mi viaje por Europa me encontré con que el peso se había devaluado de 12.50 a 19 por dólar, y al poco tiempo a 24, y así sucesivamente. Esto me favoreció, pues los dólares que llevaba para gastar en la India se multiplicaron y pude enviar un donativo al ashrama para reconstruir algunas instalaciones que se habían derrumbado. Al siguiente año, 1977, llegó a México una revista que publicaba Swami Sivayotir en Madrid, en donde se anunciaba una excursión a la India, que se llamaba *La Fuente del Yoga* y que partiría el primero de mayo de Madrid hacia Roma, para reunir en esta ciudad a los grupos de América y Europa y partir juntos a Bombay, que sería la primera escala en la India. Inmediatamente telefoneé a Swami Sivayotir para que me reservara un lugar, que a la postre fueron tres, pues dos madres más de México se animaron e hicimos el viaje juntas hasta Madrid.

Llegó el día primero de mayo en que partimos para Roma, en donde nos esperaba el resto del grupo con Swami Vishnu Devananda, que fue el que organizó la excursión. Ya todos juntos, en total sesenta, partimos a Bombay por Air India. El grupo de habla española se componía de veinticuatro, incluyendo las tres mexicanas y la madre Libertad de Uruguay. Hasta la fecha, después de tantos años, seguimos muy unidos, pues la madre Regina, que tiene un espíritu muy maternal, nos acoge a todos en su casa de Madrid, y allí solemos reunirnos tanto los que viven fuera de esa ciudad, como la mexicana que escribe estas líneas.

El tour *La Fuente del Yoga* terminó el 31 de mayo con una cena de despedida en el Hotel Ashoka de Delhi. Yo le había escrito a Swami Tilak pidiéndole que por favor fuera a recogerme a Delhi, pues deseaba visitar el ashrama, y le informaba que desgraciadamente había sufrido un accidente al empezar la excursión en el Hotel Covalán de Trivandrum, pues al entrar a mi cuarto resbalé con una alfombrilla y di con la mano izquierda tan fuerte en la pared, que me rompí la muñeca y tuve que viajar con la mano escayolada el resto del viaje. Así que Swami en persona se presentó a recogerme. Ya para entonces todos los españoles sabían quién era Swami Tilak, pues no había día en que yo no hablara de él, y todos tenían mucho interés en conocerle. Por fin Swami ji llegó con una hora de retraso, y aunque no fue por su culpa, yo me temí que los que estaban esperando conmigo en el lobby del hotel se desanimarían, pero no fue así, permanecieron allí y lo recibieron con tanta alegría como si ya le hubieran conocido. Ellos mismos le pidieron que les hablara, puesto que habían hecho ese viaje para conocer algunas enseñanzas de la filosofía hinduista y nadie les prestó ninguna atención, ya que todas las conferencias habían sido en inglés y ellos no lo hablaban. Él accedió con gusto y allí mismo dio una plática. Todos quedaron encantados y lo invitaron a que diera otra por la tarde. Swami ji accedió y el *concierge* del hotel facilitó un salón más adecuado. Es increíble que muchos de los que no entendían español también asistieron a la conferencia y al final se acercaron a saludarle, pues le habían conocido en Canadá y Nueva York. Ellos mismos le invitaron a quedarse a cenar con nosotros, pues se trataba de la gran despedida y tenían que partir a las doce de la noche hacia Roma. Se había dispuesto una mesa grande para

todos, y como Swami Vishnu Devanada pidió que le llevaran la cena a su cuarto, en su lugar sentaron a Gurú Deva, quien departió con todos. Y se sentía un ambiente tan agradable, amenizado por una orquesta, que parecía como si ese convivio hubiera estado dedicado a él. Esa misma noche acompañé a mis compañeros al aeropuerto para despedirme de ellos y después regresé al hotel, a donde Swami Tilak pasaría a recogerme a las ocho de la mañana para llevarme al *kuti*.

Bajamos del tren en Harda, estación muy importante en el mismo centro de la India¹¹. Eran las cuatro de la tarde del día siguiente, es decir, dieciocho o diecinueve horas después de haber iniciado el viaje. Nos estaban esperando Brahmachari Nitya Chaitanya, la madre Carmen, ahora llamada Karuna, y una mujer con su hijita que estaba pasando unos días de retiro en el ashrama. De la estación nos dirigimos a la casa de unos devotos y amigos de Swami ji, quienes nos invitaron a cenar. Fue la primera vez que conviví con una familia hindú. Después nos llevaron a la madre Karuna y a mí a una fábrica de algodón propiedad del señor Seth, un amigo de Swami, quien nos hospedó por esa noche, y al día siguiente Brahmachari y la madre Karuna partieron a Indore para arreglar los papeles de salida de ella, ya que su visado había caducado hacía quince días. Después Swami ji tomó el tren que lo llevaría a Bombay para recibir a unos amigos que venían de África. A la mujer con la niña que estaban hospedándose en el ashrama y a mí nos llevaron a Timarni para tomar el autobús que nos llevaría al *kuti*, que está a unos treinta o cuarenta kilómetros del Harda. Para esa fecha ya hacía tanto calor, que yo sentí desmayarme en el autobús repleto de gente. Al fin llegamos a una villa llamada Chipaner, y allí tuvimos que esperar el carro de bueyes (*bullocar*) que nos llevaría al *kuti*.

Grande fue la emoción que tuve al llegar y ponerme a los pies de Baba ji y él también se emocionó mucho al verme, pues sabía quién era yo por las referencias que había hecho de mí Swami ji. Ya para entonces tenían preparada mi habitación en un anexo del mismo templecito en donde ahora se hace el *aarati*¹². Allí también estaba la habitación de la familia que mencioné, a la cual le tomé mucho aprecio por lo bien que se comportaron conmigo. Aún sigo teniendo correspondencia con una de sus hijas, Shoba Rani, quien también estaba allí, y era con la que me comunicaba mejor con el poco inglés que yo hablo.

Yo tenía mucha esperanza de que mi condición física mejorara, ya que llevaba el brazo izquierdo escayolado y estaba un poco mal del intestino, pero no fue así, sino que empeoró debido más que nada al calor, al grado de que cuando Swami ji regresó de Bombay e iba a partir nuevamente para Calcuta, le pedí ir con él hasta Harda para regresar a Delhi, pero no fue posible porque mi estado era deplorable para resistir un viaje tan largo, así que tuve que esperar. Mientras tanto empezó a llover. Cayeron dos chubascos que refrescaron el ambiente y el panorama, pues el campo empezó a reverdecer y mi ánimo mejoró mucho. Yo nunca me imaginé el karma que iría a pagar a la India, precisamente en ese lugar sagrado donde aún permanece el recuerdo vivo de Baba ji y ahora el de Gurú Deva, Swami Tilak Paramahansa. Recuerdo que Baba ji a menudo mandaba preguntar por mí cuando yo no salía de mi cuarto por encontrarme postrada y me decía Brahmachari Nitya: “Dice

¹¹ Capital del distrito del mismo nombre, en Madhya Pradesh. N.E.

¹² Ceremonia ritual en la que se ofrece a las deidades fuego, agua, mantequilla purificada, incienso, alcanfor, etc. N.E.

Baba ji que no se preocupe, que está bajo su protección y no le pasará nada, que está teniendo usted una limpia en su cuerpo”. Y yo pienso que también la tuve en el alma.

Swami Tilak regresó de Calcuta un día antes de Gurú Purnima y atendió a todas las ceremonias que se celebraron en honor del Maestro Bajarangadas. Desde un día antes empezó a llegar mucha gente y se encendieron fogatas a la orilla del río Nármda. Me alegro mucho de haberme quedado para ver tan hermosa y espectacular ceremonia. Por allí desfilaron grupos de hindúes con sus atuendos regionales, algunos distintos del sari tradicional. Pude tomar fotos y una película que más tarde Swami ji mostró en Brasilia y otras ciudades. ¡Cómo me alegro de haberme quedado a participar en esta ceremonia! Pero todo tiene su término, y al día siguiente tuve que partir a Timarni a tomar el tren para Delhi. Se preguntarán por qué, sintiéndome tan enferma, no salí de allí antes. La razón principal es porque con las primeras lluvias la brecha por donde hacía su recorrido el autobús se había estropeado tanto que no hubiera sido posible circular, mientras que aún no había suficiente agua en el río para poder cruzarlo. Cuando llovió por segunda vez, empezó a subir el agua hasta la *kuti* y la barca que venía de Chipaner el Grande pudo atravesar el río y llegar a por mí y otros pasajeros y viajar a Timarni para esperar el tren que me llevaría a Delhi.

La despedida fue para mí muy triste, pues nunca sabía si sería la última vez que vería a Gurú Deva. Los ashramitas salieron a despedirme hasta la orilla del río Nármda. Allí fueron los adioses. También me acompañó Jhabu, el perro de Baba ji. Swami ji y Jhabu se quedaron hasta que perdieron de vista la barca. Todavía muy lejos podía ver su figura majestuosa, parado a la orilla del río, y escuchar los aullidos del perro, que era la manera en la que éste tenía de despedirse de los viajeros con los que se había encariñado.

Para mi suerte, Swami ji volvió tres veces más a México. A los cinco años de mi estancia en la India, en 1981, volvió con Brahmachari Nitya Chaitanya. Llegaron en autobús desde Canadá y los Estados Unidos. Estuvieron más de cuatro meses¹³ y luego partieron al Sureste de México y a Centro y Sudamérica. La segunda vez fue en septiembre de 1982, con una estancia de diez días. Y por último, en 1983, o sea el año pasado, Swami Tilak nos honró con su presencia por ocho días. En esta ocasión, a pesar de estar muy saludable, todos le notamos un no sé qué en su persona que reflejaba toda su santidad. Ya no quiso que le organizáramos más conferencias. Las pláticas que dio fueron en mi casa y en la casa de la madre Luisa Fernanda. Alguien le preguntó por qué las dos últimas veces que nos visitó permaneció tan breve tiempo y él contestó: “¿Para qué más conferencias si han pasado doce años desde la primera vez que vine y son los mismos y nadie ha cambiado?” No obstante, nos prometió que al año siguiente vendría a quedarse por mucho tiempo, y ahora comprendo por qué lo dijo: porque siempre lo tendremos entre nosotros si queremos seguir sus enseñanzas.

Yo no he podido hacer de mi casa un verdadero ashrama, como Swami ji lo deseaba, porque no me creo capacitada para dar pláticas ni para dirigir la meditación, pero siempre les he dicho a todos que cuando gusten pueden pasar a meditar, pues la gente dice que en mi casa se sienten muchas vibraciones benéficas. ¡Y cómo no ha de ser así, si allí Swami ji hacía sus prácticas

¹³ Del 11 de marzo al 17 de julio. N.E.

devocionales todos los días, escribía y recibía a todos los que deseaban entrar en contacto con un santo como él! Sin embargo, yo no quiero afectar el *sat sangah*¹⁴ que se hace cada jueves en casa de la madre Luisa Fernanda, ya que ella tiene grabadas las conferencias de Swami ji y la gente se reúne a escucharlas y a meditar, y yo deseo que ella siga con esa devoción hacia Swami.

Ahora me referiré a algunas anécdotas de la vida de Swami ji entre nosotros, los devotos de México. Como ya es sabido, a Swami ji le gustaba mucho cocinar y ese era un momento propicio para convivir con él, ayudándole a limpiar las verduras, a partir la fruta, etcétera. Alguien le llevaba un canasto de frutas, alguien bolsas de verduras o arreglos florales, que a veces yo no sabía dónde poner. La casa era toda alegría y algunas madres se prestaban para ayudar también. La comida o cena principal se hacía un día antes de que partiera Swami ji. Con anticipación él me acompañaba al mercado para comprar algunas verduras, que a veces, cuando regresábamos, ya alguien había llevado, como adivinando qué nos hacía falta. Swami ji, muy humilde, me ayudaba a cargar las bolsas de la compra. En una ocasión en la que yo creí que Swami ji se encontraba cansado porque tuvimos que viajar en el metro, al llegar le dije: “Váyase a descansar Swami ji, yo limpiaré las verduras” y quizá él no me comprendió, porque fue a su habitación y se sentó muy enojado. Cuando terminé y lo vi así, le pregunté qué tenía, y me dijo: “¿Entonces para qué fui con usted de compras?” Yo respondí: “Swami ji, ya limpié las verduras y ahora usted puede cocinar”. Se puso muy contento. Le dejé en la cocina con las otras madres. Ese día se lució haciendo no sé cuántos platillos. ¡Era como un niño!

Creo que hay muchos devotos que podrán contar sus experiencias acerca de los milagros que Swami Tilak hacía en vida. Yo soy la primera en proclamar a los cuatro vientos que desde que le conocí mi vida cambió radicalmente, tanto en mi manera de ser, como internamente. Él era un verdadero santo que adivinaba mis problemas, y sin yo pedírselo, éstos se solucionaban siempre en forma satisfactoria. Por eso, la última vez que estuvo en casa¹⁵, antes de salir al aeropuerto, no sé qué me movió para llamarle adentro del *sanctum*, donde estaban parte de las cenizas de Baba Bajarangadas ji, su Maestro, que él trajo de la India en 1981, y, postrándome ante él, me hincé y le dije: “Gracias Swami ji por todo lo que ha hecho de mí” y besé sus sagrados pies. Él me dijo: “No haga eso madre, levántese.” Yo lloré como si no fuera a volver a verle más. Salimos al aeropuerto y yo me senté por allí muy triste, mientras lo llamaban para abordar el avión, pues nos permitieron entrar hasta allí para despedirnos de él, y alguien le hizo notar que estaba yo muy triste, y entonces se acercó a mí y estuvo a mi lado hasta el último momento. Recuerdo que al dirigirse al túnel, se volvió y nos miró a todos con mucha tristeza.

Swami ji jamás quería que le atribuyeran milagros, pero no cabe duda de que los hacía. En una ocasión Abraham Dalí nos invitó a salir al campo con su esposa Susy y su pequeño hijo, y cuando nos disponíamos a regresar, el coche se incendió, porque el motor se sobrecalentó por rodar a vuelta de rueda en un camino muy pedregoso. Nos bajamos todos y Swami ji pidió agua, y como por casualidad yo llevaba una cantimplora llena, se la di, y el arrojó el agua pronunciando no sé qué palabras, y al momento se apagaron las llamas y todo quedó como si nada hubiera pasado,

¹⁴ Reunión espiritual. N.E.

¹⁵ En septiembre de 1983. N.E.

pues el coche arrancó nuevamente y pudimos llegar a México sin problemas. Abraham nos comentó que al día siguiente llevó el coche al mecánico y éste no le encontró nada, no obstante que todos vimos que los alambres se incendiaban y hasta el humo olía a cables quemados.

Cuando Swami ji llegó por primera vez a mi casa, Linda, mi hija, estaba próxima a dar a luz a su tercer hijo, pero estábamos todos muy preocupados porque los dos partos anteriores habían sido cesáreas y se había visto muy grave, y todos decían que la tercera cesárea sería más peligrosa. Yo se lo comenté a Swami ji, que vio mi aflicción, e inmediatamente entró a su habitación y un rato después salió con un *yantra* –un dibujo lineal en forma de telaraña, trazado con lápiz rojo– y me dijo: “Llévele esto a su hija y dígame que lo vea”. Subí a su habitación y le di el papel. Ella se quedó mirándolo y me dijo: “Dile a Swami ji que ya entendí el mensaje”. Al día siguiente nació un hermoso bebé sin ningún problema y sin necesidad de cesárea. Se llama Ángel y fue el consentido de Swami ji. Actualmente tiene doce años.

En otra ocasión había un canario que tenía una patita enferma, pues se había atorado con una ramita de su propia comida y seguramente se la torció. El caso es que nada más brincaba con una sola pata. Esto lo tenía muy triste y quizá hubiera muerto. Cuando le comenté el problema a Swami ji, empezó a hablarle y a hacerle cariños y al momento el canario empezó a saltar en su jaula y no volvió a encoger la patita. Una devota de Swami ji, la madre Sarita Villarreal, me platicó que en una ocasión que lo llevaron al Parque Nacional Desierto de los Leones, encontraron una ardilla arrastrándose para cruzar la carretera, y movida a compasión, le dijo: “Swami ji, ¡usted puede curarla! ¡Pobrecita! La va a atropellar algún coche...” Él le dijo: “No me gusta hacer estas cosas, Madre”. Sarita insistió, Swami ji se acercó a la ardilla, le dijo algo, y el animalito se echó a correr. Y así por el estilo sucedían las cosas. En alguna ocasión alguien le preguntó por qué no hacía actos milagrosos, como sacar cosas de la nada, para atraer a las personas, y contestó: “Yo puedo hacer eso y más, pero no debo. Un verdadero maestro no debe acarrear adeptos haciendo esas cosas”.

La presencia de Swami ji en México vino a renovar la confianza de muchos buscadores de la espiritualidad, que ya estaban cansados del comercialismo de tantas instituciones fundadas por muchos maestros, gurúes o swamis que llegaron de Estados Unidos o de la India, y que cobraban hasta por el aire que se respiraba en sus institutos. Al encontrar a un maestro como Swami Tilak, tan humilde, portando la ropa de un verdadero *sannyasin* (renunciante), no lo podían creer, y menos aún que no cobrara un centavo por sus charlas. Y así era. Cuando me preguntaban cómo podía hacer tan largos recorridos por toda América sin dinero, yo les respondía: “Pues como él diría, por la gracia de Dios”. Y a todos les consta que jamás se les cobró un centavo en mi casa ni en ninguna otra. Los devotos altruistamente se hacían cargo de los gastos de viaje de Swami ji.

Después de que Swami ji marchaba a su eterno peregrinar por el mundo, muchos de sus devotos me llamaban por teléfono preguntando por él, para saber si tenía alguna noticia de dónde andaba, y yo les informaba, pues recibía muy a menudo cartas suyas enviando saludos para todos, especificando sus nombres, ya que jamás se olvidaba de ninguno. Así que inmediatamente tomaba el teléfono y procedía a llamarles, leyéndoles la carta. No creo haberme olvidado de transmitirle a

nadie un saludo de Swami ji. La adoración que todos sentían por Swami ji era resultado de constatar que siempre que volvía a México, después de tantos años de conocerle, seguía siendo el mismo de siempre, tan humilde, pero cada vez más lleno de Gracia Divina, pues ésta se sentía en su sola presencia.

Diré también que jamás quiso que fundáramos una institución con tendencia al hinduismo o a cualquier otra religión. Él era universal y nunca propugnó por inducir a los devotos a cambiar su religión. Su misión era ayudar a la autorrealización del Ser en cada uno. Era muy común en los centros de cultura en los que daba sus conferencias que hubiera sacerdotes y ministros de diversas religiones escuchándolo. En México lo invitaron a seminarios y colegios de religiosos, y en América del Sur le facilitaron un templo católico para que diera una conferencia, pues no había local adecuado para darla¹⁶. En Lima, Perú, la radio le invitó para que un viernes santo explicara el significado de la Siete Palabras, con intervalos de música sacra entre cada una de ellas. Cuántas veces yo le dije: “Swami ji, usted resulta ser más cristiano que nosotros, pues sabe interpretar mejor la Sagrada Biblia”. Él siempre hablaba de Cristo Jesús y sus enseñanzas, y como a mí me enseñó a amarle y comprenderle, a otros también. Hubo una devota que le dijo: “Swami ji, yo quiero cambiar de religión”, y él contestó: “¿Para qué, Madre? ¡Si su religión es muy hermosa! Lea bien la Biblia y sepa interpretarla, que todas las religiones son buenas”.

Swami Tilak jamás hablaba de su persona, era un verdadero *sanyasin*. Lo único que sabíamos de él era que tenía un grado académico por la universidad de Agra y que fue periodista y director de un periódico en Lucknow¹⁷. Cuando estuve en la India, en el *ashrama* de su maestro, alguien me informó que sus padres habían sido personas muy acomodadas, que ya estaban muy ancianos, que vivían en Hyderabad y eran atendidos nada menos que por la familia que pasaba unos días de retiro en el ashrama durante mi primera visita a ese lugar, y que ya mencioné. Años después, Swami mismo me informó que sus padres habían pasado a mejor vida. Brahmachari Nitya Chaitanya también me comentó que los padres de Swami ji habían estado en el ashrama una vez, para visitarle y consultarle. Y creo que Swami Tilak antes había ido a Hyderabad a saludarles.

No tengo más referencias sobre la vida de Swami ji para consignarlas en este relato, que más bien parecen mis memorias que una biografía de él, pero hay otras personas que saben algo más y pueden aportar datos. Él me contó que durante la guerra civil, después de la desocupación inglesa de la India, le apresaron –me supongo que por ser periodista y decir siempre la verdad– y le tuvieron en un calabozo con grilletes, cuyas cicatrices aún se le notaban en sus tobillos. También me dijo que después de ver tantos horrores en su país decidió tomar los hábitos de renunciante y empezó a recorrer toda la India. Y me quedaba fascinada cuando me contaba algunos incidentes, como cuando, en plena selva, pasó la noche a la orilla de un riachuelo, y a la mañana siguiente, cuando se levantó, vio huellas de garras a su alrededor, de los animales que se acercaron a olfatearle y no le atacaron. También me contó que una vez, peregrinando por el Himalaya, se le hizo de noche y estaba tan oscuro que no veía absolutamente nada, y gracias a una vara que

¹⁶ Fue en Colombia, en 1972. El mismo Swami ji dijo en esa conferencia: “¡Dos renunciante hinduistas en una iglesia católica! ¡Qué maravilloso ejemplo!”. Swami Tilak. Huellas. México, Ediciones del Hacedor, 2005. N.E.

¹⁷ El periódico *Panchajanya*, editado en Lucknow, U.P. N.E.

llevaba como bastón, sintió que la tierra se interrumpía abruptamente. Allí mismo, sin dar un paso más, se acurrucó y pasó la noche. Al día siguiente, al despertar, vio que estaba al borde de un inmenso precipicio.

Allá en la India se acostumbra que la gente devota de de comer a los *saddhus* o swamis que casi siempre caminan a las orillas de los ríos sagrados y por eso siempre llevan un cuenco. Pero él nunca pedía nada. Y sin embargo la gente se le acercaba y le invitaba a pasar a comer a su casa. Más tarde esa misma gente se convertía en devota y amiga suya. Su vida de *sanyasin* culminó cuando encontró a su Maestro Bajarangadas en el *kuti* que ahora lleva el nombre de ese ser ilustre, a la orilla del río Nármda, y esto se consigna en el libro que Swami ji mismo escribió con el título de *Mi Maestro*.¹⁸

Al principio de mi relato siempre me refería en plural a los swamis, y quiero volver a a la etapa en la que Swami Tilak y Swami Jyothy viajaban juntos. Los dos formaban un todo y cada uno tenía lo suyo. Ahora hablaré de Swami Jyothy. Él era quien cantaba los *kirtan* para preparar el ambiente antes de las conferencias de Swami Tilak. Y tenía sus propios simpatizantes, porque además de tener una magnífica voz, era y sigue siendo, pues aún vive, muy amigable. Actualmente se encuentra en el ashrama de la India¹⁹. Este swami tan humilde y sencillo, de no más de 1.60 de estatura, muy delgadito y de facciones finas, vestía *dhoti* y camiseta blancos y calzaba sandalias. Al cantar se acompañaba con crócalos, que le daban resonancia a sus *kirtan*. Nadie se imaginaba que, antes de hacerse renunciante, había sido un señor abogado graduado en la Universidad de Ceylán, ahora Sri Lanka, un hombre muy ilustrado que hablaba un perfecto inglés. Swami Jyothy se hizo de un grupo de seguidores en México que después de las conferencias se reunían en casa de alguno de ellos para charlar sobre temas filosóficos y cantar. Se dio mucho a querer entre sus devotos y amigos, pues aunque por respeto no hablaba cuando Swami Tilak daba sus conferencias, sino que se concretaba a cantar antes de las mismas, en privado era una eminencia en temas de espiritualidad. Ojalá que pudieran invitarle de nuevo para que de alguna forma llene el vacío que ha dejado Gurú Deva.

Cuando los dos swamis estuvieron en México, los atendí a ambos con el debido respeto, como si fueran mis hijos, sin mostrar preferencias por ninguno. No obstante, yo sentía que mi Gurú era Swami Tilak. En esa época en verdad no estaba consciente de lo que ellos significaban en mi vida. Los acepté como si les hiciera un gran favor, me sentía como su protectora y no como su protegida, pero poco a poco Swami Tilak me fue haciendo más consciente de mí misma y fui comprendiendo la gracia tan grande que Dios me había dado al encontrarles. Y cuando Swami Tilak viajó solo me identifiqué más con él y me di cuenta de su grandeza. Nunca me he enorgullecido porque Swami ji me considerara como a una madre, pues creo que como ser humano que era, algunas veces añoraba los cuidados maternos que yo le procuraba al preocuparme de detalles como darle un vaso de leche caliente o un zumo de naranja o pomelo

¹⁸ El libro se encuentra en formato PDF en esta página web. N.E.

¹⁹ Tras el fallecimiento de Swami Tilak en 1984, Swami Jyothy se trasladó por un tiempo al ashrama para participar en la ceremonia fúnebre y escribir las memorias de sus viajes, que publicó el Sri Bajarangadas kuti con el título de *The Valiant Swami Tilak*. Su residencia habitual está en el Sivananda Ashrama de Rishikesh, (U.P.). N.E.

por la mañana, o de llevarle en el coche a donde necesitara. Una vez le pregunté: “Swami ji ¿quién fui yo en la otra vida?”. Él me contestó al instante: “Una mujer hindú, madre”. ¿No será que en otra encarnación fui su madre? Yo recuerdo que cuando llegué al *kuti*, después de postrarme ante Baba ji, quien se emocionó mucho y lloró, como yo también, me analizó profundamente e hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza. Yo lo sentí. ¿Qué significaría eso? Después me dijo Nitya Chaitanya que Baba ji les había ordenado que me atendieran lo mejor que pudieran porque yo era una persona muy importante. ¿En qué sentido lo diría? Jamás me he sentido importante y nunca lo he sido. Mis orígenes son muy humildes. Baba ji dijo también que después de mí llegarían muchas personas al *kuti* de lejanos países. Y tanto Nitya Chaitanya como Swami ji me contaron que antes de abandonar su cuerpo, quizá en su postrer delirio, dijo que el ashrama sería muy importante, pues veía muchas casitas blancas alrededor de él, para los visitantes que llegarían de lejanas tierras. En una ocasión en la que Swami ji hablaba de la reencarnación le pregunté en qué lugar reencarnaría yo. Él contestó de inmediato: “En la India, Madre”. Y esta última vez que estuve con él en el *kuti*, cuando charlaba con un grupo de devotos, le pregunté: “Swami ji, ¿por qué no nací en la India? Me gusta mucho este lugar” Él respondió: “¿Para qué Madre? Usted ya nació”. Yo me quedé sin saber qué decir y él añadió: “Ya nació a la espiritualidad, que es lo más importante”.

Ahora contaré otra anécdota suya. Cuando dio su primera conferencia en Mérida, Yucatán, no se había hecho mucha promoción, pues llegamos con el tiempo limitado y únicamente se colgó un anuncio en la puerta de la universidad. Pero ¡oh, milagro!, ¡el auditorio se llenó al máximo y él estuvo muy brillante! Los universitarios lo rodearon para hacerle muchas preguntas. Yo marché al hotel, y cuando él llegó escuché que decía: “¡En estos momentos quisiera morir!” Y lo repitió dos veces. Yo le pregunté: “¿Por qué Swami ji?” “Porque no esperaba que acudiera tanta gente”, contestó. Y en Orizaba, Veracruz, cuando se arregló allí una conferencia, el alcalde nos previno de que los universitarios estaban en huelga y eran muy alborotadores. La conferencia se iba a dar en el Teatro La Llave y había policías y soldados armados por doquier. Cuando llegó Swami ji el teatro estaba a reventar, al grado que no quedaba un sitio disponible. Y antes de empezar, pidió un minuto de silencio, supongo que para preparar el ambiente. Yo pensé que en vez de silencio iba a haber una rechifla. Pero ¡qué sorpresa! ¡Se podía oír el zumbido de una mosca! Cuando terminó la conferencia todos lo abordaron, haciéndole preguntas. Y creo que al día siguiente se reanudaron las clases. Así era la personalidad de Swami ji.

Debo de advertir que aunque Swami ji ya estaba estudiando español, los primero seis meses que pasó en México las conferencias eran en inglés y traducidas por algunos devotos que se turnaban acompañándolo a donde tuviera que ir, y con justicia debo decir que ellos, inspirados por Swami ji, sabían darle un toque espiritual a lo que traducían. Me refiero a las madre Elisa García Plaza, Rosa María y María Martínez –quien los acompañó por Centro y Sudamérica–, y los hermanos Abraham Dalí, Alfonso Araiza y ocasionalmente el Ingeniero Lerma. Todos ellos bellas y dignísimas personas. También debo mencionar al Cónsul de la Gran Bretaña en Mérida, Yucatán, y a su dignísima esposa, que los alojó en su casa y colaboró para hacer posibles las conferencias en aquella ciudad. La última vez que Swami ji estuvo en Mérida, el Cónsul lo llevó en su avioneta hasta Belice, en

donde le arregló algunas conferencias. De allí Swami ji partió para Centro y Sudamérica. También mencionaré al Sr. José Romeo López y a su esposa, que arreglaron las conferencias de Swami ji en la ciudad de Villahermosa, Tabasco, y en Campeche, Campeche. Finalmente, quiero recordar al hermano Marcos Nolasco, quien llevó a Swami ji a viajes tan distantes como Tabasco, Campeche, y en una ocasión a Guadalajara, Jalisco, sitios que están a cientos de kilómetros de la Ciudad de México.

Swami Tilak era incansable. Nunca se negaba cuando le invitaban a dar una conferencia, ya fuera en una casa humilde o una residencia. Recuerdo que una vez le llevé a dar una charla a un barrio muy pobre, y como había llovido, las calles eran un lodazal, pero los habitantes de la vecindad, como pudieron, tapizaron el piso con cartones para que Swami ji no se enlodara los pies. Era de admirarse cómo lo recibieron y con qué devoción le oyeron. En fin, nunca acabaría yo de describir tantas vivencias que tuve cuando Swami ji estuvo en México. Su santidad se traslucía y todos querían tocarle y, conforme a la costumbre católica, le llevaban a bendecir sus objetos más venerados, pero yo les advertía que no debía hacerlo.

Cuando él estaba en mi casa, todo era alegría y regocijo, pues desde la mañana empezaban a llegar para saludarlo, llevándole siempre algún regalo, como frutas, verduras, cereales, leche, miel y productos vegetarianos, además de arreglos florales. Por eso yo siempre dije que cuando Swami ji estaba en casa, la comida caía del cielo. Y él siempre estaba cocinando para todo el que llegara. Por la tarde se ponía a elaborar dulces para el *prasad*²⁰ posterior a la charla. ¡Y él se sentía tan feliz haciéndonos a todos felices! ¡Qué reuniones más lindas! Cuando regrese a México sentiré ese vacío físico que él ha dejado. Mi casa ha quedado en silencio. Swami ji consagró mi casa como un ashrama, porque todo aquel que llega es bien recibido, lo mismo de dentro, que de fuera del país. Todos dicen que allí se sienten las vibraciones de Swami Tilak. ¡Y cómo no va a ser así, si él hacía sus devociones y cantaba el *Gita* en la sala o en su habitación! Una vez que me asomé a la sala mientras cantaba, él volteó a verme, y de sus ojos salió un rayo de luz que me dejó anodada.

Ahora contaré algo de su vida cotidiana. Despertaba a las 5 a.m., si es que dormía, pues yo siempre veía encendida la luz de su cuarto. Hacía sus ejercicios físicos, se bañaba y lavaba su ropa en el lavabo. A continuación entraba a su habitación a meditar. Algunas veces solía ir a caminar al Bosque de Chapultepec²¹ que está casi enfrente de mi casa. Allí hacen *footing* desde la madrugada, y ya todos los deportistas le conocían. Una vez dio una charla a un grupo de corredores que se lo pidió. Al regresar a casa, tomaba un zumo de pomelo o una taza de infusión. Luego se ponía a contestar su correspondencia, que llegaba de todos los países que había visitado y de la India, o escribía sus libros. También recibía a las personas que iban a saludarle y hacerle alguna consulta. Y por la tarde se le llevaba a los sitios a donde tenía que dar sus conferencias. Hago notar que las dos últimas veces que llegó a México no quiso dar conferencias, más que algunas charlas en mi casa o en la de Luisita Fernanda.

²⁰ Platillo que se ofrece a las deidades en durante el *aarati* y se reparte en pequeñas porciones a los asistentes de un *sat sangah*. N.E.

²¹ Principal pulmón urbano de México en el poniente de la ciudad. N.E.

En mi país hay libertad de expresión, de imprenta y de reunión, así que nunca tuvo problemas con la policía. Por eso Guru Deva siempre se sentía feliz en México, al que consideraba su segunda patria, y también decía que en alguna vida había sido mexicano.